

DON QUIJOTE Y EL BUSCÓN

Por José Nogales.





DON QUIJOTE Y EL BUSCON

SEÑORAS, SEÑORES:

Desde que aprendimos á ver en la obra del hombre algo de más extenso y generalizador que el parto aislado de una voluntad y una inteligencia idealmente libres y teóricamente separadas de todas las influencias de la vida, se hace más interesante y más grato el esfuerzo para ahondar en las mutuas relaciones entre el hombre, la obra y el medio. Importa mucho conocer cuánto el humano ingenio puso en su labor fertilizante, y hasta en qué grado de claridad espiritual llegó á envolver el propio concepto de las cosas; pero importa también el conocimiento de lo que puso en el ingenio la vida general, corriente eterna de ideas y hechos, de nociones y atisbos, de esperanzas y desengaños, de ideales y de tormentos.

Partícula el espíritu de ese magno torrente, va arrastrado, influido, saturado de toda la cercana realidad, hacia ese punto lejano é infinito en que pone nuestra fe un poco de luz y de silencio, una vaga atmósfera de serenidad y de descanso.

Los árboles dan su flor y su fruto, pero en su tiempo y sazón. Y á esa obra de renovación y de vida concurren todos los elementos de energía natural acumulados en el instante expansivo: el sol, el aire, la tierra, el agua... Todo lo que envuelve, penetra y circunda. Así en la floración y fructificación de los espíritus.

Fué Don Quijote la cristalización dolorosa de un ensueño producido en contraste por un estado de alma nacional.

Fué á la vez el fruto de un gran espíritu amargado. No sé qué tienen los amargos frutos, que se apetecen, que deleitan, que perduran.

Caían sombras y duelos de aquellas cimas, antaño resplandecientes, que señalaron altivas las etapas triunfales de nuestra historia: los viejos héroes del tiempo imperial sentían hundirse sus pies, como en tierra removida de sepulturas, y sobre sus canas heróicas caía la infinita pesadumbre de las grandes cosas que se derrumban. No estaban lejos los días de Lepanto, y ya los anublaba la sombra de la *Invencible*. Comenzaba á perder el lenguaje su primitiva grandeza, tranquila y reposada, ennoblecida finalmente con elegancias toscanas. El intenso pensar de los místicos, ardiente como un ascua en la obscuridad, se apagaba en aquella atmósfera henchida de milagrerías, vacía de ensueños. Era como un tristísimo crepúsculo, vecino de la sombra, amigo de la noche.

Y cierto que en aquella noche se iban perdiendo, como arrancada pedrería de una diadema ideal, las altas cosas que sustentaron el cuerpo y el espíritu de una raza grande, fuerte y dominadora.

Cervantes, héroe y testigo de una parte de aquel mundo que á toda prisa se hundía, quiso recoger el gesto supremo de la abatida idealidad, en lucha imposible con todos los elementos de la aceptada razón y la ordinaria vida: y compuso el poema de aquella hostilidad, de aquella tristeza y de aquella nostalgia.

Así se difunde el dolor por las páginas del libro como la amargura del mar en las aguas serenas y profundas. Aguas serenas y profundas son, en que un ancho rayo de sol resbala eternamente, como un beso de claridad y de gloria.

Si es poema de dolor, página de rebeldía, protesta ó sueño, lamento ó indignación, significa que, aun en aquel escallón de la pendiente, llegaba á confortar las almas elegidas el calor de los ideales lejanos, que se desvanecían en la impasible sucesión del tiempo y las generaciones. Lo triste y desesperado es llegar á la postración moral, á la parálisis del alma, en que aceptando todas las formas dolientes de la

realidad, negamos aposento al ensueño y la rebeldía, á la inquietud y la protesta, á la lucha y el trabajo, á la ambición y la nostalgia, á la esperanza y la justicia.

Sale Don Quijote acuciado por la falta que él pensaba que hacía en el mundo, «según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer».

Ya ven ustedes—viene á decirnos Cervantes—que tales cosas para este tiempo, no son sino de loco repatado.

Y es triste que lo hayan sido y que lo sean; porque de esas altas locuras, encaminadas á un ideal de perfección y de alteza, recibieron mucho beneficio las naciones y mucho esplendor la humanidad. ¿Acaso todos los hombres entendieron en el mismo grado, y consideraron en la misma cualidad las verdades y los sentimientos? Héroes, santos y mártires, ¿qué fueron sino caballeros andantes del honor, de la caridad, de la idealidad y de la justicia?

Reside lo grotesco en toda desproporción: desproporcionada para aquel mundo es la figura mental, extraña á su propio medio, hostil á su propio ambiente, que intenta restablecer con la sola fuerza de su voluntad y sus bríos, el concepto noble y humano de las cosas, el verdadero sentido de la realidad deseada, y si del fondo de aquel perpetuo vencimiento, de aquel constante rodar por el polvo de todos los profanados caminos de la vida, surge la mueca inevitable de lo grotesco, no se dirige á la maltrecha caballerosidad, que ven siempre el arte y el corazón y el pensamiento como rodeada de esa dolorida melancolía del estéril sacrificio y de la inútil acción.

Va el héroe por el mundo arrastrando sus locuras: quiere amparar á la viuda y al huérfano, redimir al opreso, socorrer al menesteroso, sostener la ancianidad, y la infancia, y la pobreza y la humildad contra el señorío de los grandes, de los fuertes y los crueles. Quiere sustituir el rígido imperio de la ley con el más amplio sentido humano de tolerancia y de piedad.

«Al culpado que cayese debajo de tu jurisdicción, considérale hombre miserable, *sujeto á las condiciones de la ñpravada naturaleza nuestra*, y en todo cuanto fuera de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstrate piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea, á nuestro ver, el de la misericordia que el de la justicia.»

Esto dice el *loco*, y así lo piensa y lo defiende, y así quiere imponerlo por los excelsos fueros de su valentía.

Es la magna figura caballescaca como un hermoso sueño; es como un ánima solitaria vagando en la serena frialdad de la noche, en la venturera penumbra del misterio. Le acompañan y sostienen virtudes y talentos; le conforta el influjo de ideales que brillan como lejanas constelaciones; le impulsan y mueven peregrinas visiones de grandezas muertas, de esperanzas tardías, de aún no nacidos sentimientos.

Y para que ningún astro faltase en los cielos de su espíritu, encendió en ellos la lumbre de un amor ideal, puro y tranquilo como lámpara del santuario, apacible y eterno como estrella crepuscular. Amor sentido y razonado, que es respeto, sostén, homenaje, castidad y dulcedumbre. Amor tan elevado é impersonal, que no cabe en los términos de la pasión ordinaria; y así se dirige á la mujer, con humana grandeza, convertido en piedad, en perdón, en respeto, en galantería, en todas las formas dulces del corazón y el entendimiento. No parece sino que de todas las mujeres, humildes, altivas, hermosas, miserables, puras ó pecadoras, formó un símbolo inmortal; aquella figura admirable, «alta de pechos y ademán brioso», ante la cual rindió toda la gloria de su valor, de su vida y de su esfuerzo. «¡Tuyo hasta la muerte!» Esa fué su fórmula.

Suyos hasta la muerte son y serán cuantos piensan, cuantos sienten, cuantos viven. No importa que añejas preocupaciones y modernos naturalismos, justamente desacreditados, quisieran introducir en la vida y en el arte un concepto erróneo ó medianamente soez de la relación anímica de los sexos: la mujer no es solamente «la hembra», es el espíritu colaborador, maternal y floreciente que ase-

gura á la creación el cumplimiento de sus más altos destinos.

«Y así—dice un sabio de nuestros días (1)—Don Quijote es honesto y comedido, porque el Arte se asusta de las risotadas impuras, de las pasiones indecorosas y de las torpes deformidades del naturalismo.»

No desampara el caballero sus altas y universales ideas en los continuos lances desventurados; antes las confirma y arraiga con tesón, que es parte de su valentía, y al cabo, como resultado lógico de aquella desproporcionada lucha entre un hombre y una sociedad, entre una voluntad y una época, es vencido el hombre. Reacciona para morir, y se complace en remover su amargura de vencido y de humillado en los mismos umbrales de la eternidad.

«Yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui Don Quijote de La Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno.»

Siempre sonaron en mis oídos y en mi alma esas palabras de agonizante, con tristezas de abdicación y con sombras llorosas de despedida. Hay que saber ó que adivinar la suma de dolor y desaliento que hay en el fondo de todos los fracasos, en el cadáver de todas las ilusiones, en la ceniza de todas las esperanzas, en el vacío de todos los propósitos... Y aquel buen caballero, restituído á la cordura y mediocridad de hidalgo pobre, de español resignado, de pacífico lugareño, se va mansamente, tendido de largo á largo en su lecho, como en una balsa de honor, por ese río manso y temible que va á dar en el mar infinito, en el tranquilo y luminoso mar de los eternos sueños.

Yo me lo imagino en la actitud sepulcral de nuestros antiguos caballeros: reposado y frío en la blancura y transparencia de alabastro, apersonado y grave en su gesto mortuario; con el casco á los pies y la espada entre las manos, apercebido á gloriosas resurrecciones, á divinos llamamientos de otros mundos de paz y de justicia, donde no sean locos los que intenten amparar á la viuda y al huérfano, redimir al opreso, socorrer al menesteroso, sostener al débil contra

(1) Benot.

el humano señorío de la fuerza, de la soberbia y la crueldad.

¡Oh, Dios, qué sería de nosotros si hubiera muerto Don Quijote, si fuesen ciertas sus tristes palabras de abdicación y despedida!

Ni los contemporáneos ni los que mucho después vinieron, pudieron percibir en la obra genial de Cervantes la grandeza y majestad de su fondo. ¡Qué mucho, si tampoco vieron la hermosura perdurable de su forma! Considerada por unos como diatriba y por otros como bufonada, no es de extrañar su éxito de librería, como ahora decimos. Pero este éxito no ahogó la hostilidad y menosprecio de aquellas generaciones literarias.

Superior al *Quijote* fué para muchos el *Buscón*, libro más cercano á los gustos, á las inteligencias y las costumbres en aquel período. Porque de Cervantes á Quevedo, con haber sido contemporáneos una parte de su vida, media ya un abismo. Que de tal modo se despeñan las naciones en los precipicios de su decadencia.

Cervantes alcanzó á ver las postrimerías de un mundo calentado por los reflejos ponientes de un sol que se llevaba tras sí ideales y esperanzas. Quevedo se revolvió en las cenizas de aquel mundo. El uno no se aquietó hasta lanzar á la vida el divino sueño de la grandeza y la caballeridad resucitadas; el otro se avino y conformó con la estrechez del medio en que todas las cosas se achicaban.

Fué Quevedo una poderosa inteligencia rendida á lo particular. De inquieto y agudo entendimiento, enriquecido con el caudal de las letras humanas—uno de los que no se hurtan, compran ni heredan—movióse toda su vida á impulsos de lo *actual*. Sabía remontarse á la esfera de los conceptos universales, más para traerlos á la particularidad de sus propósitos ó á las necesidades de sus luchas. Así halló en la misma santidad del Evangelio la hábil justificación de un programa de gobierno, que era, á la vez, una acerba crítica de lo existente. De vivir en nuestros días, aquel profundísimo ingenio no fuera sino periodista, mas de oposición: político también, pero á perpetuidad disidente.

Por esta condición de su gran talento crítico y de su muy legítima ambición personal, pudo y supo y quiso remover desde el fondo toda la capa cenagosa de las costumbres. Y hay que admirar en la acritud de su arte, no sólo el implacable tino, también su cortesana destreza. El hizo del lenguaje una daga que llevó hasta el fin, en sus retorcidos hierros, el resplandor y la muerte.

Nada se libró de su puñalada: verdad es que, bien mirado, nada debió de librarse.

El *Buscón* se enlaza á la anterior serie de pícaros de nuestra literatura por el procedimiento, por la acción y por el ambiente. Pero faltan en él dos elementos de índole esencial existentes en aquéllos: cierto candor de la miseria que nos hace transigir con la picardía, y hasta gustar en su fondo el raro deleite de las cosas reales, artísticas y graciosas, y esa tendencia moralizante, inocentemente abultada, que es otro de sus donaires, aunque involuntario.

Conviene también en la idea fundamental de todos los clásicos de este orden y en la teoría social de los presentes tiempos, de que el pícaro es producto del medio y no el medio productó del pícaro. Así, todos pervirtieron y malearon sus buenas condiciones naturales al contacto de la realidad, del desamparo, de la rudeza, de la burla y la crueldad.

Toda la inocencia y bondad que sacó de casa en su alma de muchacho *Lázaro de Tormes*, se la quitó con la mano el ladino ciego al darle aquella recia topada en el toro de piedra que hay en el puente de Salamanca: «¡Necio, aprende; que el mozo de ciego un punto más ha de saber que el diablo!»

«Parecióme—dice *Lazarillo*—que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño, dormido estaba; y dije entre mí: Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues soy solo y pensar cómo me sepa valer.»

Niño inocentón y temeroso, se desgarró de su hogar y patria *Guzmán de Alfarache*: no anduvo más sino de Sevilla á Cazalla y fué burlado de la ventera, atropellado del huésped, afrentado del arriero, maltratado de la justicia, acosado del hambre, ladrado de trabajos, viéndose á punto de acabar. Entonces fundó su resolución de hacerse pícaro en

este principio de práctica y universal filosofía: «Bueno es tener padre, bueno es tener madre, pero el comer todo lo tapa.»

El *Buscón* Pablos tuvo en su niñez, según nos dice y muestra, «altos pensamientos». «Tuve siempre pensamientos de caballero», y viéndose hijo de un ladronazo y una hechicera, «quiso aprender virtud resueltamente».

Para esto, alejose del medio familiar, harto infamante, y buscó á tientas los caminos del saber. Padece so el poder del Dómine Cabra, á quien llama «la hambre viva»—cuyo linaje no se acabará en el mundo;—sufre en Alcalá la insolencia de los escolares, la injuria de los huéspedes, la bellaquería de los criados, y torciendo en aquel punto sus bonísimas intenciones, se dice:

«Avison, Pablos, alerta. Y vine á resolverme de ser bellaco entre los bellacos, y más, si pudiera, que todos.»

Esta fácil, pronta y completa adaptación á las condiciones de la impureza, conscientemente admitida, es acaso la diferencia más honda que separa esos dos períodos representados por Cervantes y Quevedo. Algo de la propia substancia dejaron en aquellas figuras, hijas de la experiencia y el entendimiento. Nacidas entrambas con altos pensamientos de caballerosidad y de virtud, Don Quijote no transige, no se adapta ni se aviene á ninguna impura condición de la vida. El *Buscón* depone ante la realidad su carga enojosa de ensueños y caballerías, y resuelve ser pícaro entre los pícaros, y más, si pudiera, que todos.

También se había perdido ya el sentido de la Naturaleza. En el *Buscón* no hay una sola mirada para el mundo extrahumano, para el paisaje, para los bosques y las montañas, para los ríos y las llanuras; tampoco para las noches de luna, las claras noches que el *Quijote* evoca; ni una palabra para los astros, para la majestad del espacio y la fecundidad de la tierra, ni para la infinita poesía de la luz y los rumores... Aquella gente vive en un mundo pequeño y atormentado. Necesidades, intrigas, bajezas, derivaciones de un régimen público de privanza y de un régimen privado de hipocresía, enredan las almas y las detienen en lo menudo y transitorio.

No placidez, no alteza, no poesía. El libro de Quevedo es asombroso, pero demoledor; todo rueda en él como en un despeñadero; todo gime como en un potro. Es suplicio y afrenta, sarcasmo y condenación, pero merecidos. Es justicia que mandó hacer su implacable ingenio.

Y hay otra relación transcendental entre esas dos creaciones del ingenio español, loadas y perdurables, que me ha movido á juntarlas con instinto andariego en la humildad de este trabajo. No podemos maldecir de los que abatieron al *hijo* de Cervantes por celebrar al *hijo* de Quevedo. Es que una figura sustituye á la otra en la continua rotación social, y así en todos los eclipses de Don Quijote aparece el *Buscón* por ley de Naturaleza ó por altas determinaciones del Destino.

Sabiéndolo, pensándolo, hagamos porque jamás se eclipsen de nuestro cielo aquella caballerosidad, aquella generosidad, aquella poesía y aquella grandeza.

